

El mestre Arnau i els llibres a l'escola

[MO]. Marçà Orígens agost de 2025

Los libros en la escuela.

Cuándo deben usarse.

Indudablemente la escuela ha progresado, aunque, exceptuando alguna variación de suma importancia, viene á ser lo mismo que muchos años atrás.

Claro que la escuela de hoy es más plácida, más alegre; ha desaparecido afortunadamente la severa disciplina, la disciplina mal entendida. En las escuelas modernas no existe ya la terrible regla que daba al maestro el carácter de cabo de vara, y otros castigos tan inmorales como anti-pedagógicos, que no quiero enumerar para que las nuevas generaciones no los conozcan.

Eliminado lo dicho de las escuelas ¿están éstas en condiciones para continuar funcionando hasta el fin de los siglos sin otra modificación de tanta trascendencia como la apuntada? Hemos de convencernos que no.

Hay en las escuelas una rémora, *libros*, que dificultará siempre dar un paso hacia el fin que persigue la educación moderna.

No voy á anatematizar los libros, ni quiero desterrarlos por completo de la escuela, pues sabidos son los beneficios que reportan á la enseñanza, (acostumbran al niño á estudiar, refrescan las ideas, sirven para consultar lo que se ha olvidado que no es preciso retener en la memoria, etc.)

Si abundan sobremanera en las escuelas los libros, aunque son contados los que reúnen las condiciones que la Pedagogía exige, y los entregamos á disposición de los niños cuando éstos no saben ni pueden ni deben hacer uso de ellos, es, sin duda, porque no tenemos un concepto bien orientado de lo que debe ser la escuela.

De la escuela, según algunos, se han de sacar buenos gramáticos, grandes oradores, poetas, famosos novelistas, celosos sacerdotes, pendo-listas, en fin, que la instrucción sirve para huir del trabajo corporal.

Se cree que en la escuela se ha de aprender

la gramática de cabo á rabo, adjetivos, sustantivos, pretéritos perfectos, pluscuamperfectos, gerundios, y también muchas reglas de ortografía, geografía sobre todo y hasta los habitantes que tiene Marte; y naturalmente, de esta manera á los seis años los niños han de ir á la escuela cargados de libros: Gramática (que con el libro nunca la aprenderán); Geografía, con la cual saldrán de la escuela sin saberse orientar, ni tendrán idea de lo que es un mapa, ni mucho menos qué representa una escala, y por lo tanto sin saber hacer aplicaciones de ella, ni entender de globo terráqueo ni desarrollar ninguno de los diversos problemas que sobre él se pueden resolver; lo único que sabrán será, aunque desconociendo su situación, la serie de provincias, ríos, cabos golfos y cordilleras (que algunos padres tienen la calma de recrearse en oírles recitar á sus hijos); Ciencias físicas, Geometría, libros que puestos en las manos de niños de corta edad sólo servirán para aburrirlos hasta llegar á odiarlos, pues no hay niño, en esas edades, capaz de descifrar ni comprender una definición y por lo tanto no le queda otro recurso que aprender de memoria cuantas líneas, palabras y hasta los puntos y comas que la lección contenga. En este sentido, para que los niños sepan su *lección*, será preciso hacerles que se queden en la escuela á estudiarla después de las horas de clase; y ¿esto es hacer la enseñanza provechosa, agradable? ¿No indica esto que la escuela está estacionaria?

De todo ello, pues, resulta que se ha de prescindir por completo del libro hasta que el niño, materializando la enseñanza y haciéndola atractiva y práctica, haya comprendido los principios y su utilidad práctica, ya que tan penoso es aprenderlo de otro modo y procurando que de la práctica nazca la definición; nunca estudiar la regla ó lección para después citar ejemplos. El maestro debe apartarse del tecnicismo.

Esto conseguido, entreguemos el libro al niño para que ensanche sus conocimientos, y veremos como, empleando siempre la memoria racional, aumentará el caudal de conocimientos sin presión alguna influyendo únicamente la curiosidad.

Hemos de convencernos de que no han de hacerse niños sabios, pero sí educados convenientemente para que el día de mañana sepan hacer uso de lo que han aprendido; que esos conocimientos sirvan para acrecentar su hacienda y proporcionarle el modo de vivir bien y honradamente, pues sabido es que la instrucción es fuente de riqueza material en cuanto habilita al hombre para aplicar al trabajo todos los recursos de su inteligencia cultivada, y fuente de riqueza moral y cívica que se traducen en el consciente cumplimiento de los deberes, base del goce de todos los derechos.

Jaime Arnáu Costa.



El novembre de 1911, Jaume Arnau Costa, havia estat escollit professor de la instrucció primària de la “Sociedad Cultural, Centro primero”, una escola d’una urbanització, avui barri, anomenada “Ciudad Lineal”, a Madrid. Segons el diari local, Jaume Arnau és persona culta, jove i de gran entusiasme per l’ensenyança, amb sòlides conviccions sobre l’orientació de la pedagogia moderna, per això és d’esperar que la seva tasca a l’escola sigui útil i profitosa pels nens.

Jaume Arnau aleshores tenia vint-i-quatre anys i en aquesta escola va conèixer a Francesca Baig, mestra, que seria la seva dona.

Aquest article fou escrit pel mestre i publicat el 10/08/1912 a la revista local.

Anys més tard i des de diversos llocs on va exercir va publicar alguns articles sobre l’ensenyança o de caràcter històric i també un manual d’ortografia.

Sense entrar a fons en el que explica a l’article de com havia de ser l’escola i en particular el paper dels llibres en la formació de l’alumnat, sí que es pot apreciar la defensa d’una manera d’ensenyar que no es corresponia amb els mètodes del moment. I aquest canvi en l’ensenyament i en la manera de tractar als alumnes, si fem cas dels comentaris i records que ens han explicat els més vells, es van fer evidents quan va venir a Marçà el 1926, que va coincidir amb la unificació de l’escola pública amb la privada del Cercle Benèfic.

El Jaume i la Francesca van continuar exercint fins i tot durant la guerra, ajuntant els nois i les noies en una mateixa classe. Una de les seves alumnes, Maria Teresa Pellejà Giné, quan li vam preguntar sobre el mestre, ens va dir que el mestre Arnau sabia ensenyar i que amb ell va aprendre molt.

Quan es va acabar la guerra, el mestre va tenir problemes a superar l’expedient de depuració a què sotmetien als funcionaris públics, a causa de les acusacions sense fonament formulades per algun testimoni ultraconservador. Al final, el poble es va posar al seu costat i se li va reconèixer el dret a continuar ensenyant.

El nou règim també va liquidar aquell model d’ensenyança que havia impulsat el mestre a l’escola de Marçà i es va tornar a l’antic ensenyament: memoritzar sense entendre res, sota l’atenta mirada de la religió, sempre enlairant la pàtria i, de tant en tant, un mastegot.

Però el Jaume això ja no ho va veure, el vint de novembre de 1941 va morir a Marçà a cinquanta-quatre anys. Els seus alumnes no el van oblidar.